



EL DESPERTAR

J. CROSSROAD

El Despertar

Meses de tratamiento no habían tenido efecto alguno en mí; me encontraba a tal grado de dependencia que aunque mi mente quería sanarse, había algo, algo que me hacía sentir hambriento con locura, con desesperación por embriagarme. Ya ni sabía lo que tomaba, sólo tragaba y tragaba como agua el fuerte licor, ardiente, rompiéndome el estómago y todos los lugares que irrigaba en mi abatido cuerpo. Concurría todos los días a esa taberna, en las mañanas con calma, y en las noches con desenfreno. Me vendían sin tapujos, sólo les importaba vender el alcohol y nadie notaba el fatal estado en que me encontraba yo y los otros idiotas borrachos que nos sentábamos a beber a nuestros apenas veinticinco años.

Mi vida había perdido sentido en la monotonía diaria, día tras día revisando los sistemas, reemplazando las turbinas y arreglando los viejos fierros oxidados. Las máquinas aceitosas dejaban un pestífero olor en la habitación, que acompañaba con el envolvente efecto de la cocaína.

La radio del auto marcaba las 20:14 horas cuando ocurrió. Estaba mareado, manejaba bajo los efectos del potente licor, y de la desgarradora droga. Los frenos sonaron férricamente, las botellas se resquebrajaron, y el licor se difuminó. El choque había sido fatal. Ese fue mi final; mi último adiós, al menos así lo había creído en ese momento.

Desperté sobre una camilla. Los médicos me rodeaban mientras el frío me desgarraba los huesos; el dolor de las jeringas se hacía intenso. Los narcóticos con el alcohol habían sido mala mezcla. Dos años en coma.

Mi muerte ya había sido declarada al departamento, pero habían decidido someterme a criogenia hasta que llegara la ayuda. Dos años después, los doctores habían logrado dar con la cura, y habían extraído toda la dosis de mi aturdido cadáver.

Salté frenéticamente, el corazón me latía a mil por segundo. Estaba en mi dormitorio, ¡otra vez!, a mis costados yacían las botellas del licor resquebrajadas en el piso; en el velador una orden médica, y el despertador marcando las 03:15 a.m.

Todos los días tenía la misma pesadilla. Retornaba a ese incómodo momento del accidente y de mi reanimación en el departamento de criogenia. El pestilente olor del narcótico aún parecía seguir dentro de mí, trataba insistentemente de disolverlo con el agrio licor.

Me levanté somnoliento entre las penumbras de mi habitación. Sólo se sentía el molesto sonido de la ventilación en algún lugar de los módulos de maquinaria. Llevábamos cerca de tres meses cuando había ocurrido. Luego de años de espera y de muchas generaciones habíamos logrado arribar al primer gigante

gaseoso del sistema α -centauri. Íbamos siguiéndole la pista a la primera misión enviada veinte años antes.

Debía estar como el resto, celebrando; pero yo no quería seguir reviviendo el fatídico día de mi infortunio.

El gigantesco cuerpo era un planeta exageradamente grande; desde las ventanas centrales de comando sólo podíamos apreciar un pequeño trozo de su gaseosa atmósfera. Ahora circulábamos la extensa área, sembrada de los más de sesenta satélites que giraban en torno al titánico exoplaneta; muchos de ellos eran cuerpos muertos, trozos uniformes de roca girando lentamente en el silencioso espacio.

Los ánimos habían regresado a toda la tripulación, los civiles también parecían más alegres que de costumbre, y era que esto les daba algo de esperanza de salir de esta encerradora prisión espacial. Ése no era mi caso, yo no le encontraba sentido a la vida, a seguir viajando incansablemente durante siglos buscando otra preciada Tierra. ¿Qué era eso para mí?, ni siquiera mis abuelos la habían visto alguna vez, y odiábamos hasta cierto punto a los primeros que arribaron a esta gigantesca ciudad flotante decididos a buscar un nuevo comienzo; si hubiese sido yo, hubiera preferido morir asfixiado por los pestilentes gases en la Tierra.

Había estado teniendo esas extrañas pesadillas desde que llegó la conmoción de la entrada al sistema de α -centauri. Los médicos me recetaban pastillas para tratar de dormir; centenares de frascos de antidepresivos y relajantes musculares corrían por la sucia alfombra del piso. Necesitaba dormir, pero las doradas píldoras ya no hacían efecto; y hoy era el día esperado por todos, debía estar al cien por ciento trabajando en los sistemas para el despegue de la misión a las 08:30 de la mañana. Me lancé devuelta a la cama, necesitaba más de la droga, pero debía dormir.

La alarma del despertador sonó emitiendo el molesto chirrido metálico. Eran las 08:00 de la mañana, debía estar en media hora más sentado frente a los comandos en la sala principal. La adrenalina corría por mi cuerpo.

Me levanté sagazmente de la cama haciendo a un lado las píldoras y botellas del piso. La ducha fue breve, agarré el uniforme en el colgador situado junto a la puerta, me vestí camino al ascensor atravesando las lúgubres galerías. Quince minutos después me hallaba bajando de mi titánico automóvil color citrino, luego de atravesar las iluminadas autopistas sintiendo el intenso placer del narcótico en mis venas. El hedor al licor salió como una masa de aire pestilente.

Los trabajadores corrían. Se escuchaban las voces que pedían el reporte de algunos ingenieros. No demoré en sentarme frente a los monitores centrales de comando.

El director, un tipo de bigote y grandes anteojos, daba las instrucciones.

— ¡estamos a la espera del tiempo!, ¡se iniciará la cuenta regresiva a ignición!—

Había iniciado.

Con anticipación habíamos preparado este día, y nuestra sonda, diseñada por las grandes mentes científicas de la estación, había logrado el esperado aterrizaje algunos minutos después.

Cuando las primeras imágenes aparecieron en las pantallas, notamos las extensas dunas que formaban el área. El cielo era tan brillante, que hacían de él, una perfecta postal para enviar. Estuvimos así durante varias horas, mientras la sonda era controlada remotamente y tomaba muestras del suelo. Yo había ido por unos tragos a la taberna, eran gratis, todo el mundo andaba con enormes sonrisas, y en la calle la gente había vuelto a hablar unos con otros; ahora nadie usaba los teléfonos ni los móviles.

Mientras estaba allí, ahogado junto a Kercher, el único compañero que aun compartía conmigo el vicio, llegó la llamada. La sonda había detectado señales de audio a varias millas desde donde yacía. Nos trasladamos rápido, subiendo al tren, que desde el suburbio nos llevó de regreso a la metrópoli, donde estaba el centro de mando. Las luces de neón aparecían mientras atravesábamos por el oscuro túnel, ingiriendo pequeñas dosis de la blanca cocaína.

— Esto estaba programado, cuando ocurriera se debía enviar una sonda tripulada, eso leí en la política, en los archivos — pronunciaba Kercher, mientras cerraba los ojos probando el agrio licor que había tomado de la taberna, después de todo, no es tan estúpido tener de amigas a las chicas del suburbio.

Kercher tenía razón, se habían establecido protocolos de comunicación, ya que nuestra llegada estaba programada. Ellos, debían estar esperándonos, atentos en algún lugar del silencioso y armonioso espacio.

A las 12:30, la sonda Océano se encontraba a la espera de la ignición. Me habían asignado la tarea de monitorear los sistemas de propulsión de la nave. Yacía sentado con el ajustado traje a mi cuerpo, amarrado a una metálica butaca, y rodeado de mis otros nueve compañeros de misión. Kercher también venía, y me alzaba la pequeña botella de vodka, a la que daba minúsculos sorbos con dulzura.

La ignición dio marcha solo cinco minutos después. El fuerte ruido de los cohetes fue lo último que se percibió aquí en el interior de la cápsula central; lo que vino después fue un silencio rotundo en el espacio exterior, mientras se encendía la cálida calefacción.

A la cabeza del equipo venía el Coronel Reidan Ebner, hombre de unos cuarenta años, de silueta corpulenta y torso firme. Los cuatro restantes eran un Teniente, una Mayor y un Suboficial de la guardia de palacio.

Habiendo transcurrido cerca de cincuenta y seis minutos desde la ignición, nos hallábamos en plenas maniobras de aterrizaje cuando una potente luz azul iluminó la cabina central mientras bajábamos frenéticamente a la superficie del planeta. A los segundos la nave había aterrizado. En la sala de comandos vociferaban por los micrófonos que no se había registrado movimiento, sólo había sido una ilusión óptica al descenso; nada que otro sorbo de licor no quitara.

— ¡Ajusten la propulsión! —

Las compuertas se abrieron. Caminé acompañado de los sigilosos pasos de Kercher; el rojizo sol impactó sobre mi rostro, y ahí noté el extenso y anaranjado cielo. El polvo chocaba con mi casco salvajemente, mientras una cegadora luz azul aparecía, era un objeto ovoide delante de nosotros.

La extraña nave se alzó fugazmente perdiéndose en los cielos y dejando una extensa nube de polvo tras de sí. El despegue me lanzó con fuerza; por cerca de dos minutos estuve totalmente perdido en las dunas, sin siquiera poder respirar bien, con el intenso dolor en mis rodillas y con los brazos repletos de sangre. El viento me arrastró por los suelos, podía sentir el crujir de mi casco y de los botines de propulsión. Todo el lugar era una titánica tormenta de polvo. Me remolcaba por una interminable planicie de arenas.

Cuando el lugar se despejó, pude ver el intenso brillo del gran titán α -centauri. Su tamaño era monstruosamente grande y cubría la mitad de todo el anaranjado cielo. Me levanté quejumbroso desde el arenoso piso. El desolado sitio en que me encontraba era azotado por un intenso viento. La arena distorsionaba los alrededores.

Avancé dando pasos con dificultad, pero ahí las gigantescas siluetas rojizas me miraron despiadadamente. Dos hombres de piel rojiza, un metro y noventa centímetros de altitud me dejaron sobrecogido e inmóvil.

Sus manos se posaron sobre mi cuerpo paralizado, me resistí dando un salto que me pareció interminable. De alguna forma el impulso había resultado tan potente que me alcé varios metros hacia arriba dejando atrás las terribles siluetas rojizas. Encendí mis propulsores y me mantuve a esa altitud sumamente asustado, estaba aterrado.

— ¡necesito ayuda!, ¡no estamos solos! — transmitían temblando mis labios.

Recordé de inmediato sus rojizos e infernales rostros; pómulos marcados y ojos excesivamente rasgados, sus cejas formaban una amenazante mueca diabólica. Sus cabezas rasuradas estaban llenas de inscripciones tatuadas, al igual que el resto de sus macizos cuerpos. Había en ellos un marcado parecido a nosotros pero en forma mucho más grotesca. Sus siluetas no se parecían a las del otro grupo que veníamos a buscar.

No obtuve respuesta. Me moví por los aires arrastrado por los propulsores que me sostenían. El sitio era un extenso desierto polvoriento; había a la lejanía centenares de dunas formando agrupaciones perfectamente ordenadas y

erosionadas por el viento que corría enérgicamente. A la lejanía se veía el módulo Océano, algunos de mis compañeros dando vueltas entre el fuerte viento, y los feos rostros rojizos ya no estaban ahí, -¿lo habría imaginado?, ¿sería posible?- pensaba desesperado.

Cuando descendí y toqué las arenas, Kercher se me acercó y me hacía gestos con las manos. La compuerta a la cabina principal del Océano yacía abierta, y la comunicación se había detenido. Le intenté decir lo que me había ocurrido, pero no logró entenderme. Me lancé dando pasos en dirección al interior de la nave, caminando con dificultad entre la arena, en donde se hundían mis botines.

El interior estaba sumamente desordenado y repleto de arena por todos los rincones. Mi desesperación había cedido paulatinamente. Marqué los botones, esperando notificar a la colonia en la órbita, pero no hubo respuesta; el equipo estaba averiado y todos nosotros fuertemente heridos; de improvisto los misiles comenzaron a caer.

Un conjunto de varias naves ovaladas distribuidas por los anaranjados cielos disparaban hacia la tripulación que vagaba por las arenas, arrastrados por el viento; parecían estrellas azules bailando una interminable danza mortífera en el firmamento. El Coronel estalló en una cruel explosión de sangre, y la misma suerte había corrido el resto de los tripulantes. La Mayor y el Teniente, entraban quejumbrosos por la compuerta, mientras Kercher encendía el piloto automático. La puerta se cerró dejando tras sí al resto de mis compañeros, ahora convertidos en ensangrentados cadáveres dispersos sobre las calientes dunas.

Hubiera querido que la historia fuera distinta, pero los motores estaban averiados, y la nave no había partido; estaba en el piso, abatido y con el dolor, con la sangre brotando de todo mi cuerpo, y ahora, con las rojizas manos arrastrándome por el piso. Sus enormes dedos se agarraron de mi casco, arrancándome y rompiéndolo a pedazos.

El terror se apoderó de mí, mi corazón latía frenéticamente, el aire pestilente llegaba a mis pulmones que no dejaban de respirar, aunque cuanto lo hubiese deseado en ese momento.

Kercher yacía en el piso inconsciente, cuando el conjunto de soldados me tomaron, arrastrándome hacia un gran carruaje metálico. Me embutieron en su cabina, amarrándome las largas cadenas en las manos. Allí entre los fierros oxidados, tiraron después a Kercher, junto al Teniente y la Mayor, a quienes les habían golpeado a manotazos brutalmente.

La compuerta se cerró, dejando atrás el mundo que habíamos conocido, y adentrándonos en el terrible infortunio en manos de los hombres rojos.

Nadie emitió palabra alguna en el viaje sin retorno en que nos conducían los grotescos seres rojizos; y no sabría decir cuánto tiempo había pasado, pero el férreo ruido me despertó escandalosamente; el carruaje se había detenido.

Las pesadas cadenas atadas a mis manos me lanzaron al piso en cuanto me sacaron del interior, la sangre corría por mis manos, y aparecía el doloroso ardor. Yacía en un extenso salón iluminado; el piso de un material como el vidrio afirmaba las decenas de pilares cristalinos que adornaban el salón, parecía un templo.

Allí en la mitad de la sala, rodeada de pilares, y sentada sobre una butaca que parecía hecha de jade y cuarzo rosa, yacía ella. Una bella mujer de cabello cobrizo y piel anaranjada nos veía sonriente.

Arreglando los colgantes repletos de joyas que caían desde su esbelto cuello, y quitándose de los pies el suntuoso ropaje blanco que le dificultaba avanzar, se inclinó en nuestra dirección. Una dulce mirada se dibujó en sus resplandecientes ojos.

— Vaya... ¡que agradable sorpresa! —

Su suave mano había tocado levemente mi mentón. Sus ojos brillaban, eran ellos, los otros humanos, pero ahí su mano golpeó con fuerza mi congelada mejilla.

— ¡Cómo te atreves!, los términos habían quedado claros, la tregua sería mantenida si respetábamos los límites. ¡ah... llévenselos de aquí!—

Sin entender bien, nos arrastraron a duras penas por los pasillos también de cristal. Un rato después seguíamos encadenados, pero en unos putrefactos calabozos, repletos de cadáveres pestilentes que nos acompañaban.

— ¡Mañana serán fusilados en la plaza pública! — gritaba uno de los feos rostros.

Cada uno de nosotros yacía en diferentes celdas, todas contiguas entre sí. Había intentado hablar con el resto pero parecían fuera de sí, y no escuchaban mis llamados. Los rayos del rojizo sol entraban levemente por una pequeña abertura en la pared. Había en las celdas de enfrente hombres rojos intensamente enfermos, que vomitaban cada cierto tiempo una oscura sangre rojiza. El lugar estaba plagado de rehenes desnutridos y hacinados.

— ¡Hey, amigo!, hey... —

La difusa voz del hombre de enfrente, que también vomitaba sangre se extendió por todas las silenciosas celdas.

— ¡Hey!, ¡ustedes!... ¿conocen Greenovia?, yo soy de Pistorinia. ¿Acaso son de Sedum?, ¿o de Zaleya? —

Sus extrañas preguntas llamaron enseguida mi atención y la de mis silenciosos compañeros. Raramente había comenzado a sentir una dulzura por vivir, y ahora, como en una intuición en mi corazón existía una esperanza.

— ¡hey, amigo!, no conozco esos lugares. — pronunció el Teniente con tristeza.

— ¿Acaso la guerra borró nuestras ciudades?... ¡qué desastre! —
— ¿Cómo pudieron avanzar tanto en pocos años?, ¿olvidaron los protocolos de misión? — le reprochó el Teniente.
— Dijiste... ¿protocolos de misión?... mmm... debe haber un error. —
— Nosotros veníamos buscando a la primera misión enviada veinte años antes, y ahora encerrados aquí... —

El aquejado hombre dio un salto, haciendo sonar intensamente la reja a la que yacía amarrado cruelmente. El resto de los moribundos prisioneros ni pareció percibir el estruendo.

— ¡Ustedes!... ahora lo entiendo... ¿cuántos de ustedes hay? ¡sí..., los protocolos están activos! ¡milagro divino!, ¡agradezco al universo, al cosmos!, ¡al fin arribaron!, ¡con ustedes se pondrá orden a la guerra! —

— ¿Qué acabas de decir?, eres uno... eres de los primeros... ¿qué ocurrió? — la exaltación motivó a la Mayor a adentrarse en el imprevisible diálogo.

— ¡Sí...! ¡son ustedes...! nosotros llegamos hace varios años. Nos atravesamos a unas naves en plena exploración. Ellos, los hombres de piel rojiza, los colonizamos, pero un grupo se reveló asesinando a varios de nuestro grupo. Hubo un período de paz donde nos mezclamos con ellos, nacieron híbridos, mestizos como yo, pero hoy ellos nos atacan. Formaron una alianza para erradicarnos del planeta. —

La historia comenzaba cada vez a tener más sentido. Existía la gran posibilidad de que la colonia allá en la órbita se comunicara con nuestra contraparte acá en la superficie. Había que aferrarse a esa idea.

Cuando el viejo se disponía a hablar los detalles en que estábamos envueltos, sonó la reja. Los potentes pasos en el metálico pasillo daban cuenta de su cercanía. La alta y esbelta mujer venía acompañada de sus dos matones rojos.

— ¿Les gustó su nuevo hogar? —

Fuertes carcajadas irónicas se extendían en las demoniacas muecas de los titanes rojos. Había algo en ellos que me desagradaba.

— Vengo en son de paz. Estoy dispuesta a negociar. Verán... la tregua con los nativos está debilitándose. Hay rumores de que estos días llegarán nuevas fuerzas aliadas a vuestra raza. Los nativos están atentos a los movimientos de las naciones. Seré más clara aún... registramos sus huellas y ustedes están sin identificación... ¿cuándo llegaron? —

Antes de siquiera responder, el viejo en las amarras la palabreó diciéndole centenares de improperios. La mujer disgustada, hizo que uno de los hombres rojos se lo llevara al interior, mientras el indefenso hombre nos advertía de que correríamos la misma suerte.

— Bien... ahora..., siempre ha existido un odio para con nosotros por llevar parte de la sangre de ustedes, los hombres blancos. ¡Demos inicio a una nueva era!
—

Cerca de tres horas después, yacíamos sentados junto a la mesa rodeados de abundante comida; carne de animales desconocidos y verduras parduscas. Nos habían servido un dulce licor violeta en el que estaban inmersas algunas pequeñas frutas rojizas. La gente hablaba continuamente y comían delicadamente del esplendoroso banquete.

Miré a mi alrededor; suntuosos, extensos, y grandes ventanales cubrían la sala en la que estábamos. El cristal del piso era de un tono verduzco, las paredes parecían tener lapislázuli. Allí estuvimos envueltos en impresionantes historias relatadas por los anaranjados personajes también sentados sobre la mesa. Aunque no todo era paz por aquellos días; mientras compartíamos refrescantes tragos nativos, un estruendo sonó a las afueras del cristalino palacio; la puerta central se abrió sagazmente. Ahí entró un enorme General escoltado por cinco hombres rojizos.

— Princesa, ¡la nación del norte!.., ¡nos atacan! —

El sonido de su voz fue paralizado por la diminuta bala que impactó directamente en su frente. Hombres de piel rojiza casi carbonizada hicieron ingreso disparando fugazmente una sucesiva película de balas a los otros cinco hombres que yacían en la entrada; fue una masacre.

— Princesa Jheior de Khadia, ¡queda usted detenida por alta traición a la alianza!—

Poniéndose rápidamente de pie, y acompañando con la frase— ¡se acabó la cena! —, la bella mujer dio un certero disparo en el pecho de uno de los hombres, que cayó boquiabierto y chorreando de sangre.

Los demás comensales sacaron centenares de rifles. El humo de las humeantes pistolas había convertido el ambiente en altamente asfixiante.

Me levanté frenéticamente; las balas iban en todas direcciones cuando me lanzaba al piso, rajándome las rodillas en el proceso. El ruido me llegaba directamente al corazón. Estaba agitado.

Los gritos de dolor se expandían en toda la humeante habitación. Salí hacia un costado, entrando rápidamente en un oscuro túnel.

Jheior corrió por uno de los callejones hacia el interior del palacio, mientras el ruido de los rifles refractaba intensamente en la habitación. Los ventanales rotos caían con sagacidad al piso.

Me sumergí por el sombrío pasaje en el que ella entró. Las penumbras volvían a apoderarse del ambiente. Kercher y los otros me vendrían siguiendo las pisadas en la absoluta oscuridad en que me había inmerso.

Las explosiones se sentían cada vez más cerca, mientras el sudor corría por mi helado rostro; fue entonces cuando la gigantesca turbina se adentró arrasando la altísima pared de piedra. El anaranjado cielo quedó al descubierto a varios metros hacia donde iba corriendo. Debía salir antes de morir aplastado por los trozos del pedrusco murallón debilitado, mientras las máquinas voladoras disparaban los rayos de intensos colores fluorescentes.

— ¡Kilian! —

El enérgico grito era Kercher, su voz se disparaba en todas direcciones del ahora iluminado túnel.

A las afueras, y sobre el anaranjado cielo las naves disparaban frenéticamente sobre las rústicas casas de piedra, situadas en torno al palacio. Montones de hombres rojizos corrían desesperados adentrándose en las estrechas calles de la urbe, entonces la fría mano se posó sobre mi hombro mientras corría, casi en un fugaz segundo.

— ¡Kilian...! —

Por unos segundos venía a mi mente la imagen de mi reanimación, cuando me sacaron de la sobredosis. La voz de Kercher se había aproximado por un costado mientras no paraba de correr.

Las monstruosas naves concentraban toda su fuerza de ataque en el palacio, disparando potentes misiles. Los hombres rojos yacían como cadáveres en el piso, cubiertos de la fresca sangre.

Corríamos por un pueblo de edificios de planta baja, eran sólo casas de piedra, por cuyos lúgubres pasadizos venían ellos.

— ¡Kercher..., Kilian...! —

La voz de la Mayor resonaba a la lejanía, era el efecto de la intensidad del ruido de los motores de las naves y de los fusiles en el palacio. Junto a su ensangrentado aspecto venía a paso firme el inquebrantable Teniente, quien cargaba a una mujer en los brazos; era ella.

Seguíamos avanzando entre las estrechas calles, por cuya superficie corrían frenéticamente personajes rojizos. El ruido de los tanques sonaba a la distancia. El Teniente gritaba dándole aliento a Jheior para mantenerla despierta; una dorada y minúscula bala venía adosada a su brazo derecho. La sangre salpicaba sobre las plantas blancuzcas entre los desolados pasajes cubiertos de arena azabache. A medida que avanzábamos, la ciudad parecía envuelta en una bulliciosa atmósfera de abandono, mientras aún retumbaban las exposiciones y ametralladoras.

Luego de correr casi tres kilómetros de exuberantes bosques rojizos y tierra negruzca, arribamos a una extensa planicie, en cuyo centro yacía un azuloso

lago, rodeado de más casas amuralladas. El palacio, ahora visto a la distancia, había desaparecido tras un parduzco y horrible humo que duró varios minutos en disipar.

Mientras nos adentrábamos corriendo, una casa de segunda planta cayó de improviso. Las habitaciones interiores quedaron a la vista justo con los fierros y los cimientos que la sostenían. Centenares de nubes de polvo y humo de las explosiones salían desde los alrededores; los ataques destruirían toda la ciudad, borrando a cada uno de los rojizos habitantes en ella.

Un hombre de piel cobriza, que había identificado a la mujer que llevábamos, nos internó en unos pasadizos repletos de tiendas destruidas, siguiendo un sendero que se sumergía en la oscuridad de otro bosque; era un aliado de la Corona, y sabía perfectamente a donde llevarlos. A la distancia había gigantescas naves abandonadas, deterioradas y hasta sucias de tanto polvo.

El escenario se hacía caótico, el fuego había avanzado rápidamente por las galerías de la marchita ciudad.

Hicimos ingreso rápidamente en una de las naves ovaladas ahí estacionadas. Los pasadizos estaban repletos de tuberías que corrían por toda la metálica pared.

Llegamos corriendo a la sala de máquinas. Un chico de piel anaranjada y de unos quince años dormía sin percatarse de nuestra intrusión. Su rostro era similar al de la princesa, que sólo ponía sus ojos en aquel parecido chico.

En las paredes yacía colgado un arsenal de armas; fusiles, rifles y extrañas pistolas adornaban el brillante piso cubierto de una extensa capa de polvo negro.

Las teclillas de los displays yacían averiadas. Había que activar el modo de operador manual.

Kercher se sentó en la polvorienta butaca de comandos. Sabíamos de sistemas, habíamos trabajado cinco años seguidos en ello, la propulsión y la navegación serían fáciles para nosotros.

El despertar del motor principal y de la carga de los propulsores despertó también al joven de tez anaranjada. El Teniente y la Mayor haciendo uso de las armas del piso, tenían atrapado al asustado chico, mientras yo junto a Kercher buscábamos la forma de activar el despegue.

— ¡Princesa...! —

La aterrada voz del chico llamándola a ella, que lo miraba tiernamente, fue el paso a la ignición.

Nos elevamos tan alto que sólo se veían las humeantes urbes intensamente masacradas, repletas de cuerpos acribillados.

— ¡Revisa la geolocalización! — fueron las palabras del chico que nos había revelado tener parentesco con la princesa.

Suspendidos en los brillantes cielos, la princesa se puso de pie quejumbrosa por la bala adosada a su brazo.

— ¡No le disparen!, ¡es el nieto del gobernador de Pistorinia! —

La princesa había abogado a duros esfuerzos por su lejano primo. Los ojos almíbar del chico se posaron en los ojos turquesa de la princesa, quien le dio un afectuoso abrazo, mientras yacían rodeados por los rifles del Teniente y la Mayor.

Poniéndose de pie, Aitor-Gorka de Pistorinia, el anaranjado chico y pariente de la esbelta princesa, fijó el curso de la nave hacia su ciudad natal, activando así el modo piloto automático. El mapa mostraba la ubicación de nuestra apreciada colonia.

Aitor nos guió hacía una iluminada sala rodeada de máquinas quirúrgicas y de accesorios médicos. Ahí esperamos sentados viendo como la princesa era intervenida. Las manos robotizadas que caían desde el metálico techo encima de la camilla, habían inyectado un azuloso y viscoso líquido en el brazo de la Jheior que ahora dormía profundamente.

Habiendo pasado cerca de tres horas de vuelo, la princesa había despertado; la máquina de operaciones había logrado quitar la bala adosada en su brazo. Además, hace breves minutos habíamos logrado entrar al espacio aéreo de la colonia humana, sobrevolábamos la titánica ciudad de Pistorinia.

En medio de las grises montañas se alzaban espectaculares edificios rodeados de multitud de lagos de agua cristalina repletos de buques de guerra. Los altísimos rascacielos, radiantes como diamantes en bruto, mostraban una maravillosa postal adornada por los continuos árboles rojizos y blancuzcos de la superficie. Había espectaculares alamedas en todas direcciones, cuyos árboles se mezclaban con la brisa vespertina, y el color rosado que ahora matizaba el cielo.

En el medio yacía otro espectacular palacio, también de cristal; rodeado de aquel verde impresionante. Nuestros árboles habían sido traídos hasta acá, la diversidad de flora que había era impresionante. Era un paraíso en esas arenas azabaches.

Preguntaban la identificación en continuo, la emoción me impedía responder. Cinco segundos después daba la gran noticia.

— ¡Aquí reportándose!. Kilian Kross, enviado especial desde ciudad flotante 2. Solicito acoplamiento y comunicación de mi ciudad que está en órbita. —

El sonido tras los parlantes fue júbilo puro. Nos habíamos convertido en héroes al salvar a la princesa y habíamos logrado nuestro propósito.

— Kilian, ¿nos puede repetir la indicación?; ciudad flotante 1, República de Pistorinia está al tanto. ¡Tiene permiso de aterrizaje!... hangar 9... —

El ruido de los propulsores se detuvo pero fue reemplazado por las miles de voces de los ciudadanos que rodeaban el suntuoso palacio. Era un paraíso tecnológico, un milagro de la ciencia hecho realidad. Las autopistas atravesaban los alrededores del palacio entremezclándose con los titánicos edificios circundantes.

La pista de aterrizaje era una extensa área asfaltada, a cuyos costados yacían enormes bodegas y galpones lustrosos. Ahí yacían el gobernador de Pistorinia y todos los descendientes de la tripulación que había viajado veinte años antes a la partida de la nuestra, era la Colonia fundada en la nueva Tierra, eras los nuestros.

A la lejanía y formando un perfecto círculo en torno a nuestra nave, la muchedumbre se llenaba de expectación; eran operarios de la Colonia, todos los del puerto de aterrizaje.

Mi vida comenzaba a tener un sentido, sabía que había multitud de posibilidades en este mundo hostil; debía comenzar a vivir de una vez.

El gobernador me saludó afectuosamente, sus palabras fueron definitivas.

— ¡Ha comenzado! —

por **Ignacio J. Atenas**